

# El gran dilema mediorienta

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 24.05.09

La política de Obama respecto a Oriente Medio encuentra obstáculos. No avanza al ritmo ni en la dirección que el presidente necesita. Dos acontecimientos recientes lo indican. Uno, el resultado más bien negativo de las conversaciones que mantuvieron en Washington, el pasado lunes, el presidente estadounidense y el primer ministro israelí, Beniamin Netanyahu. Otro, el lanzamiento en Irán, el miércoles, de un misil de largo alcance, capaz de ser portador de carga nuclear.

Dos objetivos fundamentales de Obama se alejan: lograr una paz acordada entre Israel y los palestinos, por una parte; por otra, conseguir que Irán renuncie a obtener la bomba nuclear. Y el caso es que existe una interrelación entre ellos. El conflicto palestino alimenta - al menos retóricamente-el comportamiento y la oratoria amenazante iraní a la vez que esta conducta del Gobierno de Teherán hace que Israel sienta la necesidad de mantener posiciones de fuerza, de no ceder en el conflicto palestino.

Por esto, cuando Obama reclama de Netanyahu que dé pasos hacia la creación de un Estado palestino, el jefe del Gobierno israelí le señala el peligro que emana de Irán, cuyo último misil, el Sajil 2, puede alcanzar no sólo a Israel, sino a las monarquías árabes del golfo Pérsico, a Egipto, India e incluso el sur de Europa. Obama da prisas a Netanyahu, que prefiere demorarse mientras no se ejerza una presión adecuada sobre Irán. Pero el presidente estadounidense da largas al asunto iraní, por lo menos hasta fin de año, tiempo durante el cual quiere que la cuestión

palestina esté más o menos encaminada en la dirección que desea. Y el caso es que no se da ninguna de estas condiciones.

Más bien al contrario.

Existe la impresión de que el presidente de Estados Unidos entiende las cuestiones de Palestina e Irán como englobadas en un conjunto más ambicioso. La conveniencia de que Estados Unidos consiga superar su apuesta, hasta ahora muy atada a Israel, en Oriente Medio. Esto es, conseguir una amplia reconciliación con el mundo árabe. Más aún: con los estados y pueblos musulmanes. En este sentido se pronunció en el curso de su visita a Estambul el 6 de abril, donde arrancó nutridos aplausos en el Parlamento turco al decir que "Estados Unidos no está en guerra con el islam y nunca lo estará". Amén de palabras muy elogiosas para una Turquía ("democracia fuerte y laica que está en el centro de las cosas"). Léase, en el centro de Oriente Medio como gran potencia regional, implícitamente contrapuesta a un Irán a propósito del cual afirmó que "no se puede apagar el fuego utilizando llamas". No se olvide que esta Turquía a la que Barack Obama adjudica un papel determinante en Oriente Medio es la que precisamente ha promovido negociaciones entre Siria e Israel para que obtengan un acuerdo de paz.

La nueva diplomacia norteamericana se mueve, pues, en varias direcciones con el propósito de potenciar recursos no usuales hasta ahora en Oriente Medio. Tanto de cara al conflicto palestino como a Irán. Ya se anuncia que por ahí irá la visita del día 4 de junio de Obama a El Cairo, donde se anuncia que el mandatario va a pronunciar un importante discurso.

¿Es, como se dice, que Obama busca predisponer a la mayoría de estados árabes, especialmente suníes, contra un Irán no árabe y de confesionalidad chií, que con su sistemático plan armamentista va en camino de adquirir un peligroso predominio desde el golfo Pérsico hasta Egipto sin descartar a Afganistán e Iraq?

Si es así, sería esencial que Israel colaborara para desatascar el conflicto palestino. Que aceptara la creación de un Estado soberano, independiente y libre en los territorios de Cisjordania y Gaza. Un hecho que facilitaría el cumplimiento de la propuesta del rey de Arabia Saudí aprobada por la Liga Árabe entre el 28 y el 29 de marzo del 2007, cuyos términos eran tan claros como problemáticos en cuanto a su ejecución: retirada israelí a las fronteras anteriores a 1967 y reconocimiento del Estado de Israel por todos los miembros de la citada Liga.

¿Así de fácil? La reunión entre Obama y Netanyahu en Washington no permite creerlo. Habría que sortear un sinfín de entresijos y la composición política del actual Gobierno israelí no parece la más apropiada para hacerlo. ¿O sí? Hay quien plantea la posibilidad de que precisamente un Gobierno de esta naturaleza pueda tomar decisiones valientes. Pero hay por medio 400.000 colonos judíos en una Cisjordania recortada, aislada por un muro, cuarteada y sometida por las fuerzas ocupantes. Y una Gaza en manos de Hamas sometida a duro bloqueo. A partir de aquí, reconocer un Estado palestino es un salto enorme. ¿Con qué contrapropuestas puede resistirse a darlo el Gobierno Netanyahu?